

EL VIEJO TRUCO DEL CRISOL DE RAZAS

Cada cuatro norteamericanos, uno se define como no blanco: sobre doscientos sesenta y cinco millones de ciudadanos, treinta millones son negros, veinte millones son latinos, seis millones y medio son asiáticos, dos millones y medio son árabes y un millón setecientos mil son indios. Pero cada una de las comunidades reivindica, a la vez, su identidad estadounidense y sus tradiciones de lengua, cultura, cocina, territorio, como en una ensalada donde cada ingrediente mantiene intactos su personalidad, su sabor y su fuerza con el agregado de un plus uniformador. Es la sociedad multirracial.

BLANCO Y NEGRO, EN COLOR

NEGROS, LATINOS, ASIATICOS, ARABES, INDIOS Y BLANCOS

Por Chantal de Rudder, *de* Le Nouvel Observateur

Revolución entre las muñecas: Barbie, la querida de Estados Unidos, la anglorrubia con el flequillo kitsch, cambia de piel. Este año, por primera vez, aparece en versión "étnica": existe ahora en negro, en hispánica, en asiática. Más que exponerse a perder una amplia parte del mercado, el fabricante prefirió aumentar su gama. Orden del departamento de marketing. Y no es el único: todas las grandes compañías de juguetes han hecho lo mismo. Es un signo de este tiempo.

Desde abril último, comienzo de un recenso nacional, los americanos han tomado conciencia de lo irremediable: los blancos están pasando a ser minoritarios en los Estados Unidos. Desde el fin de este siglo, si la inmigración y las tasas de natalidad permanecen como están, los hispánicos habrán aumentado en un 21 por ciento, los asiáticos un 22 por ciento, los negros un 12 por ciento y los blancos apenas un 2 por ciento. En el 2056, el ciudadano ordinario norteamericano tendrá ancestros que vinieron de Africa, de América latina, de Asia, de las islas del Pacífico, del Medio Oriente. En breve, de todos los rincones de la Tierra, salvo del Viejo Continente.

California prácticamente ya fue asaltado por esta revolución demográfica. Los caucasianos —se llaman así a los blancos de origen europeo— representan hoy un poco más de la mitad de la población. Ya sus hijos son minoría en los colegios del Estado. En Los Angeles, faro económico de los Estados Unidos, ciudad que está por destronar a Nueva York, 340.000 emigrantes llegaron a tentar suerte este año. Desembarcan de México, de Filipinas, de Corea, de El Salvador, de Irán... Se unen en su búsqueda de El Dorado a los 3,5 millones de recién llegados que se han afincado bajo las palmeras del Pacífico durante el último decenio, transformando la ciudad en una jungla de asfalto donde los hombres hablan unas ochenta lenguas.

"El porvenir es incierto", grita Linda Wong, responsable de la asociación La California Mañana. "Nuestras instituciones no tienen la capacidad de responder tan rápidamente a los cambios de población. Aquellos a quienes estos cambios les dan temor se van." En 1989, 300.000 habitantes abandonaron Los Angeles. Los que quedan saben que viven en una especie de laboratorio de los Estados Unidos del siglo XXI. "Buscamos un nuevo término para describir el fenómeno que surge en nuestra ciudad", continúa la joven chino-americana. ¿Crisol de razas? Seguramente no. Cada vez más, se habla de un mosaico, o sobre todo de ensaladera.

Terminado el viejo ideal en el que los hombres y mujeres de todos los orígenes se funden en una nación única, la ensaladera rechaza la ambición uniformante y promete una visión pluralista de la identidad americana, lo que hace rechinar los dientes. Los conservadores diferencian entre la sociedad multirracial que ellos aceptan y una sociedad multicultural que ellos deploran. "Opresión intelectual, imperialismo cultural", responden los líderes de las minorías, cada vez más agitados. "La imagen de ensaladera —explica Linda Wong— permite mostrar que se puede lograr una mezcla conservando cada uno los ingredientes de un perfume autónomo. Exprime un nuevo deseo de trabajar juntos, de formar una nación, sin renunciar a nuestras individualidades culturales."

En las universidades, la batalla contra la "dominación eurocentrista" hace furor. Desde este año, comenzaron nuevos cursos llamados "las culturas americanas", un plural denso de sentidos. La universidad de Stanford, en California, fue la que comenzó en 1989, reemplazando el curso de "civilización occidental" por otro curso llamado "cultura, ideas y valores". Ciertos autores llamados clásicos daban paso a "obras de mujeres, minorías y de personas de color". El ministro de Educación de la administración Bush vio rojo, calificando la tentativa como "un asalto contra otra cultura". Pero el movimiento ya estaba lanzado. A su vez, Columbia cambiaba su viejo curso de civilización occidental, creado a continuación de la guerra mundial para valorizar la herencia común de los inmigrantes llegados en su gran mayoría de Europa, por un curso llamado "culturas principales".

En la UCLA, una de las dos universidades de Los Angeles, David, con anteojos de carey y bermuda, pasea su desgano por el campus. Tiene veinte años, se va a dedicar a la medicina y está vestido con una camiseta sobre la que se puede leer: "La historia de los negros es parte integrante de la historia americana". David sabe que él será uno de esos *talented tenth*, de ese 10 por ciento de negros educados. Quiere utilizar su "potencial" para mejorar el status del grupo étnico. "Llevo la camiseta para expresar mi confianza comunitaria", dice muy serio. Ser *community conscious* es el nuevo término de moda entre la elite de las minorías: es el credo de los años '90.

Los años '60 y '70 habían sido, con la revolución de los derechos cívicos, un movimiento contra la discriminación y el racismo del que Martin Luther King fue punta de lanza. Los años '80 fueron los de los yuppies calificados de *me-decade* (la década del yo). El decenio del egoísmo hacía suyos los valores reaganianos del individualismo y de la ganancia. "Los líderes de las minorías aprovecharon de las ventajas aportadas por el movimiento de derecho cívico e hicieron su agosto", analiza Walter Allen, 41 años, profesor de sociología en la UCLA. Trescientos diez intendentes de las grandes ciudades americanas son negros, como Tom Bradley, el intendente de Los Angeles. Negro también el presidente de la City Bar, prestigiosa asociación de abogados. Negro también el general Colin Powell, a la cabeza del Pentágono. El progreso de algunos parece haber exacerbado la crisis de la mayoría. Frente a la emergencia de una burguesía negra, se consolidó una trágica underclass, una subclase de color. La comunidad negra, continúa Walter Allen, "permite comprender mejor cómo funciona la sociedad americana en general. Porque de su seno todas las líneas de fracturas se amplían. La constatación es simple: con Reagan, los ricos se hicieron verdaderamente muy ricos y los pobres permanecen en la estacada".

Raíces

Derek, 21 años, es un soberbio coloso flemático que se peina con un casco de baseball que usa con la visera hacia atrás. Decidió dejar la UCLA el año que viene para ser parte de una universidad negra: "Puedo sobrevivir en medio de otras razas —dice—. Pero me siento mejor en un ambiente negro. Cuestión de cultura". Todas las amiguitas de Derek son negras: "A mí sólo me atraen las de mi raza". Entre sus compañeros, algunos se convierten al Islam o se visten con ropa africana. "Todos hacemos un viaje por la identidad. Sólo los blancos tienen raíces. Las nuestras están en Africa. Y ahí se quedan."

El regreso a los orígenes. Saber hacia dónde se va porque uno recuerda de dónde viene. Para construir el porvenir, América mira hacia el pasado. Después de haber sido los negros, la gente de color, luego los afroamericanos, los negros, que sin embargo están entroncados en los Estados Unidos desde hace cerca de cuatrocientos años, quieren que se los llame desde ahora los africanos-americanos.

"La aceptación de sus raíces —dice Vilma Ortiz, profesora del Instituto de Culturas Americanas de la UCLA— es una condición indispensable para tener una imagen positiva de sí mismo, necesaria para establecer buenas relaciones con las otras comunidades." Los padres de Vilma vienen de Puerto Rico. Hoy, son 20 millones de latinoamericanos los que viven en Estados Unidos. En los años '80 su número aumentó cinco veces más que el resto de la población. Y este crecimiento va a continuar. Como los negros, a quienes disputan los espacios piojosos de Los Angeles, hay entre ellos algunos que han accedido a las clases medias, a puestos de responsabilidad. Pero suministran en lo esencial la mano de obra barata a los que les tocan en suerte los empleos ingratos. Surgen de países muy diversos, de México, a Guatemala. Gracias a su instalación en los Estados Unidos, comienzan a formar un grupo homogéneo —lengua y cultura común— al que la oficina de empadronamiento ha dado el nombre de "hispánicos". "Nosotros preferimos el término de latinos —responde Vilma Ortiz—. ¡Porque eso suena más hispánico!"

En el este de L.A. se habla más a menudo español que inglés. Sobre Pacific Boulevard, la arteria comercial del barrio, todos los carteles sn bilingües. En sus oficinas flamantes en el centro, Gerardo López, director de *La Opinión*, el periódico de lengua española, se frota las manos. En 1977, eran ocho periodistas y tiraban 35.000 ejemplares. Hoy, tira 110.000 y hay más de cincuenta trabajando en su redacción. *La Opinión* se acaba de asociar al grupo de prensa *Time Mirror*, un gigante americano, para desarrollarse más. López, como la mayoría de los líderes hispánicos, es un ferviente militante del bilingüismo. "Hace diez años —dice— castigaban a nuestros hijos en la escuela si osaban hablar español. Los anglos intentaron suprimir la cultura latina. Lo menos que se puede decir es que no lo lograron."

KW. Lee, redactor en jefe del diario *The Korean Times* se juega él también por el bilingüismo. "La lengua es una ventana sobre la cultura. Estados Unidos poco a poco resolvió la lucha contra el racismo. Ahora es necesario que se ataque el imperialismo cultural blanco." Y agrega: "Este país vivió demasiado tiempo con la idea de que aprender idiomas iba a matarlo. Es hora que salga de su magnífico aislamiento". K. W. Lee es un entusiasta que se alegra de lo que aportan los "nuevos americanos". "Las confluencias darán a esta civilización nuevas perspectivas. América no puede contentarse con los subvalores de la 'caja idiota', la tele. Nosotros, los asiáticos americanos, podemos brindarles una cultura de la disciplina." Es verdad que los niños de los asiáticos predican con el ejemplo. En 1990, por primera vez en la historia de la UCLA, son los más numerosos entre los estudiantes de primer año: 37 por ciento de nuevos matriculados amarillos contra 33 por ciento de blancos y 30 por ciento de negros, de hispánicos y de indios. Una representación universitaria que pasa por lejos el porcentaje de la población asiática que hoy vive en Los Angeles, es decir un 10 por ciento más o menos.

Hasta 1965, una ley sobre las cuotas raciales, destinadas a proteger a América de lo que se llamaba el "peligro amarillo", había evitado toda inmigración asiática. Desde su eliminación, comenzaron a afluir los japoneses, chinos, filipinos, coreanos y asiáticos del sudeste. Se estima que serán más de 3 millones para el fin del siglo. Hoy, representan un 2 por ciento de la población general. Pero un 2 por ciento muy activo, concentrados en California, jugando a fondo el juego del lobby y de las asociaciones cívicas.

Lukas Lee es el prototipo de esta generación. Llegó a Los Angeles cuando tenía 10 años. Hizo sus estudios universitarios en Boston. Se convirtió en promotor exitoso. Dirige también una asociación para fomentar la solidaridad entre los profesionales inmobiliarios, explica, ajustándose los anteojos de aro dorado. "Pero también nuestra solidaridad con la comunidad a la que pertenecemos." Hay un millón de coreanos en los Estados Unidos, de los que 300.000 viven en



NEGROS, LATINOS, ASIATICOS, ARABES, INDIOS Y BLANCOS

COMO NORTEAMERICANO EN LA NEBLINA

Por Chantal de Rudder, *de* Le Nouvel Observateur

Revolución entre las muñecas: Barbie, la querida de Estados Unidos, la anglorrubia con el flequillo kitsch, cambia de piel. Este año, por primera vez, aparece en versión "étnica": existe ahora en negro, en hispánica, en asiática. Más que exponerse a perder una amplia parte del mercado, el fabricante prefirió aumentar su gama. Orden del departamento de marketing. Y no es el único: todas las grandes compañías de juguetes han hecho lo mismo. Es un signo de este tiempo.

Desde abril último, comienzo de un recenso nacional, los americanos han tomado conciencia de lo irremediable: los blancos están pasando a ser minoritarios en los Estados Unidos. Desde el fin de este siglo, si la inmigración y las tasas de natalidad permanecen como están, los hispánicos habrán aumentado en un 21 por ciento, los asiáticos un 22 por ciento, los negros un 12 por ciento y los blancos apenas un 2 por ciento. En el 2056, el ciudadano ordinario norteamericano tendrá ancestros que vinieron de Africa, de América latina, de Asia, de las islas del Pacífico, del Medio Oriente. En breve, de todos los rincones de la Tierra, salvo del Viejo Continente.

California prácticamente ya fue asaltado por esta revolución demográfica. Los caucasianos —se llaman así a los blancos de origen europeo— representan hoy un poco más de la mitad de la población. Ya sus hijos son minoría en los colegios del Estado. En Los Angeles, faro económico de los Estados Unidos, ciudad que está por destronar a Nueva York, 340.000 emigrantes llegaron a tentar suerte este año. Desembarcan de México, de Filipinas, de Corea, de El Salvador, de Irán... Se unen en su búsqueda de El Dorado a los 3,5 millones de recién llegados que se han afincado bajo las palmeras del Pacífico durante el último decenio, transformando la ciudad en una jungla de asfalto donde los hombres hablan unas ochenta lenguas.

"El porvenir es incierto", grita Linda Wong, responsable de la asociación La California Mañana. "Nuestras instituciones no tienen la capacidad de responder tan rápidamente a los cambios de población. Aquellos a quienes estos cambios les dan temor se van." En 1989, 300.000 habitantes abandonaron Los Angeles. Los que quedan saben que viven en una especie de laboratorio de los Estados Unidos del siglo XXI. "Buscamos un nuevo término para describir el fenómeno que surge en nuestra ciudad", continúa la joven chino-americana. ¿Crisol de razas? Seguramente no. Cada vez más, se habla de un mosaico, o sobre todo de ensaladera.

Terminado el viejo ideal en el que los hombres y mujeres de todos los orígenes se funden en una nación única, la ensaladera rechaza la ambición uniformante y promete una visión pluralista de la identidad americana, lo que hace rechinar los dientes. Los conservadores diferencian entre la sociedad multirracial que ellos aceptan y una sociedad multicultural que ellos deploran. "Opresión intelectual, imperialismo cultural", responden los líderes de las minorías, cada vez más agitados. "La imagen de ensaladera —explica Linda Wong— permite mostrar que se puede lograr una mezcla conservando cada uno los ingredientes de un perfume autónomo. Exprime un nuevo deseo de trabajar juntos, de formar una nación, sin renunciar a nuestras individualidades culturales."

En las universidades, la batalla contra la "dominación eurocentrista" hace furor. Desde este año, comenzaron nuevos cursos llamados "las culturas americanas", un plural denso de sentidos. La universidad de Stanford, en California, fue la que comenzó en 1989, reemplazando el curso de "civilización occidental" por otro curso llamado "cultura, ideas y valores". Ciertos autores llamados clásicos daban paso a "obras de mujeres, minorías y de personas de color". El ministro de Educación de la administración Bush vio rojo, calificando la tentativa como "un asalto contra otra cultura". Pero el movimiento ya estaba lanzado. A su vez, Columbia cambiaba su viejo curso de civilización occidental, creado a continuación de la guerra mundial para valorizar la herencia común de los inmigrantes llegados en su gran mayoría de Europa, por un curso llamado "culturas principales".

En la UCLA, una de las dos universidades de Los Angeles, David, con anteojos de carey y bermuda, pasea su desgano por el campus. Tiene veinte años, se va a dedicar a la medicina y está vestido con una camiseta sobre la que se puede leer: "La historia de los negros es parte integrante de la historia americana". David sabe que él será uno de esos *talented tenth*, de ese 10 por ciento de negros educados. Quiere utilizar su "potencial" para mejorar el status del grupo étnico. "Llevo la camiseta para expresar mi confianza comunitaria", dice muy serio. Ser *community conscious* es el nuevo término de moda entre la elite de las minorías: es el credo de los años '90.

Los años '60 y '70 habían sido, con la revolución de los derechos cívicos, un movimiento contra la discriminación y el racismo del que Martin Luther King fue punta de lanza. Los años '80 fueron los de los yuppies calificados de *me-decade* (la década del yo). El decenio del egoísmo hacía suyos los valores reaganianos del individualismo y de la ganancia. "Los líderes de las minorías aprovecharon de las ventajas aportadas por el movimiento de derecho cívico e hicieron su agosto", analiza Walter Allen, 41 años, profesor de sociología en la UCLA. Trescientos diez intendentes de las grandes ciudades americanas son negros, como Tom Bradley, el intendente de Los Angeles. Negro también el presidente de la City Bar, prestigiosa asociación de abogados. Negro también el general Colin Powell, a la cabeza del Pentágono. El progreso de algunos parece haber exacerbado la crisis de la mayoría. Frente a la emergencia de una burguesía negra, se consolidó una trágica underclass, una subclase de color. La comunidad negra, continúa Walter Allen, "permite comprender mejor cómo funciona la sociedad americana en general. Porque de su seno todas las líneas de fracturas se amplían. La constatación es simple: con Reagan, los ricos se hicieron verdaderamente muy ricos y los pobres permanecen en la estacada".

Raíces

Derek, 21 años, es un soberbio coloso flemático que se peina con un casco de baseball que usa con la visera hacia atrás. Decidió dejar la UCLA el año que viene para ser parte de una universidad negra: "Puedo sobrevivir en medio de otras razas —dice—. Pero me siento mejor en un ambiente negro. Cuestión de cultura". Todas las amiguitas de Derek son negras: "A mí sólo me atraen las de mi raza". Entre sus compañeros, algunos se convierten al Islam o se visten con ropa africana. "Todos hacemos un viaje por la identidad. Sólo los blancos tienen raíces. Las nuestras están en Africa. Y ahí se quedan."

El regreso a los orígenes. Saber hacia dónde se va porque uno recuerda de dónde viene. Para construir el porvenir, América mira hacia el pasado. Después de haber sido los negros, la gente de color, luego los afroamericanos, los negros, que sin embargo están entroncados en los Estados Unidos desde hace cerca de cuatrocientos años, quieren que se los llame desde ahora los africanos-americanos.

"La aceptación de sus raíces —dice Vilma Ortiz, profesora del Instituto de Culturas Americanas de la UCLA— es una condición indispensable para tener una imagen positiva de sí mismo, necesaria para establecer buenas relaciones con las otras comunidades." Los padres de Vilma vienen de Puerto Rico. Hoy, son 20 millones de latinoamericanos los que viven en Estados Unidos. En los años '80 su número aumentó cinco veces más que el resto de la población. Y este crecimiento va a continuar. Como los negros, a quienes disputan los espacios piojosos de Los Angeles, hay entre ellos algunos que han accedido a las clases medias, a puestos de responsabilidad. Pero suministran en lo esencial la mano de obra barata a los que les tocan en suerte los empleos ingratos. Surgen de países muy diversos, de México, a Guatemala. Gracias a su instalación en los Estados Unidos, comienzan a formar un grupo homogéneo —lengua y cultura común— al que la oficina de empadronamiento ha dado el nombre de "hispánicos". "Nosotros preferimos el término de latinos —responde Vilma Ortiz—. ¡Porque eso suena más hispánico!"

En el este de L.A. se habla más a menudo español que inglés. Sobre Pacific Boulevard, la arteria comercial del barrio, todos los carteles sn bilingües. En sus oficinas flamantes en el centro, Gerardo López, director de *La Opinión*, el periódico de lengua española, se frota las manos. En 1977, eran ocho periodistas y tiraban 35.000 ejemplares. Hoy, tira 110.000 y hay más de cincuenta trabajando en su redacción. *La Opinión* se acaba de asociar al grupo de prensa *Time Mirror*, un gigante americano, para desarrollarse más. López, como la mayoría de los líderes hispánicos, es un ferviente militante del bilingüismo. "Hace diez años —dice— castigaban a nuestros hijos en la escuela si osaban hablar español. Los anglos intentaron suprimir la cultura latina. Lo menos que se puede decir es que no lo lograron."

KW. Lee, redactor en jefe del diario *The Korean Times* se juega él también por el bilingüismo. "La lengua es una ventana sobre la cultura. Estados Unidos poco a poco resolvió la lucha contra el racismo. Ahora es necesario que se ataque el imperialismo cultural blanco." Y agrega: "Este país vivió demasiado tiempo con la idea de que aprender idiomas iba a matarlo. Es hora que salga de su magnífico aislamiento". K. W. Lee es un entusiasta que se alegra de lo que aportan los "nuevos americanos". "Las confluencias darán a esta civilización nuevas perspectivas. América no puede contentarse con los subvalores de la 'caja idiota', la tele. Nosotros, los asiáticos americanos, podemos brindarles una cultura de la disciplina." Es verdad que los niños de los asiáticos predican con el ejemplo. En 1990, por primera vez en la historia de la UCLA, son los más numerosos entre los estudiantes de primer año: 37 por ciento de nuevos matriculados amarillos contra 33 por ciento de blancos y 30 por ciento de negros, de hispánicos y de indios. Una representación universitaria que pasa por lejos el porcentaje de la población asiática que hoy vive en Los Angeles, es decir un 10 por ciento más o menos.

Hasta 1965, una ley sobre las cuotas raciales, destinadas a proteger a América de lo que se llamaba el "peligro amarillo", había evitado toda inmigración asiática. Desde su eliminación, comenzaron a afluir los japoneses, chinos, filipinos, coreanos y asiáticos del sudeste. Se estima que serán más de 3 millones para el fin del siglo. Hoy, representan un 2 por ciento de la población general. Pero un 2 por ciento muy activo, concentrados en California, jugando a fondo el juego del lobby y de las asociaciones cívicas.

Lukas Lee es el prototipo de esta generación. Llegó a Los Angeles cuando tenía 10 años. Hizo sus estudios universitarios en Boston. Se convirtió en promotor exitoso. Dirige también una asociación para fomentar la solidaridad entre los profesionales inmobiliarios, explica, ajustándose los anteojos de aro dorado. "Pero también nuestra solidaridad con la comunidad a la que pertenecemos." Hay un millón de coreanos en los Estados Unidos, de los que 300.000 viven en Los Angeles. Cada año llegan 300.000 nuevos.



"Los cinco pilares esenciales de toda sociedad —continúa Lukas Lee— no funcionan más en América: educación, alimentación, sistema de salud, alojamiento, seguridad. Cada comunidad deberá hacerse cargo de sus problemas." Por ejemplo, este año, la asociación de promotores coreanos organizó un torneo de golf. El año que viene será una cena de gala. El fin de la operación: recolectar fondos. Más de un millón de dólares. Con el dinero, la asociación va a instalar un sistema de policía privada, para luchar contra el crimen, en Korea Town, el barrio de los negocios coreanos. La explicación de Lukas Lee: "Si el crimen aumenta y nadie se opone, la vida de nuestros clientes se resentirá. El valor de las propiedades va a bajar. Nuestros negocios decaerán".

La ley de la calle

La violencia, en esas sociedades a dos velocidades, organizadas en guetos, es la gangrena de la ciudad. Todo el mundo lo sabe acá: hay barrios donde es mejor no ir a pasear si uno no tiene buena cara. Barrios abandonados a las bandas, al alcohol, a la droga, a la muerte... Barrios donde no se encuentra ni una fiambrería porque nadie quiere aventurarse a comerciar. Salvo los coreanos, que han hecho una especialidad de esas boutiques que se llaman "papa-maman". Tiendas escondidas en el corazón de estos guetos negros e hispánicos salvajes. La historia de esas fiambrerías coreanas se parece a la de los primeros pioneros, con el sudor de la sangre.

En el Centro Sur de Los Angeles, Campton o Watts, los hombres negros tienen menos chances de llegar a la cuarentena que si vivieran en Bangladesh. Un tercio de jóvenes negros de California están detrás de los barrotes o en libertad condicional, es decir, cinco veces más que los jóvenes negros de la Universidad. Su tasa de mortalidad es el doble que la blanca, su tasa de desempleo, el triple. Su ganancia promedio, la mitad. Los negros representan el 13 por ciento de la población americana, pero 30 por ciento de los enfermos de SIDA. Cien mil niños "bebés-crack" nacen cada año, negros el 90 por ciento... ¿Quién dijo crisol de razas?

Quinientas bandas comparten las veredas pobres de la ciudad. Todas las razas tienen sus bandas. Las más conocidas son las dos bandas rivales negras, los Blod y los Crips. Cada esquina de calle secreta tiene su propia banda, su propio idioma, su código de honor particular. Son 80.000 que se odian o se aman, según si habitan casas diferentes o si salieron de la misma. Los más jóvenes tienen a veces apenas 8 años... Entre home-boys se dan automóviles, armas, alhajas, afecto. Y sobre todo una identidad. En 1986, con la aparición del crack, esta baja cocaína para fumar, se racionalizaron los odios y se estructuraron las bandas. También han podido comprar ametralladoras.

Tiene 22 años, tatuajes y cicatrices le cubren el cuerpo. Ocho veces le dispararon. Salió vivo. Sobre su antebrazo, grabado en la carne: "No le tengas confianza a nadie". Sobre su espalda: "RF Crip". Dum-Dum es el sobrenombre que se ganó hace 12 años, después de emborracharse y de haberse hecho romper la cara por los home-boys. Luego fue a bajar un blod que le habían destinado. Luego le dieron droga para que vendiera para que se pudiera comprar un arma. "No lamento haber matado", dice tranquilamente Dum-Dum. "Llego en automóvil, tiro. Ni siquiera miro el rostro. No son gángsters, son home-boys. Estar en una banda es una manera de no sentirse un tipo aparte. Es un orgullo. Yo soy un sixti!"

Dum-Dum seguramente se hará bajar un día. Por otro lado no le importa nada. A Dum-Dum le importa un bledo ser americano. Tampoco le importa ser negro. Lo que cuenta para él es ser un rolling sixti crip. "Son muy grandes los Estados Unidos", comenta con calma el capitán Lillo, de la policía de Los Angeles. "No pueden dar una identidad. Por eso es tan importante la organización en comunidades, la salvaguardia de las tradiciones. Se tiene la necesidad de pertenecer a un grupo. Es humano. Mejor que ser una raza, que una banda..."

La unidad viene de la diversidad. "E pluribus unum", es la divisa grabada sobre las monedas americanas. En una sociedad que se anuncia más multicultural, multiétnica y plurilingüística que nunca, será la verdadera apuesta del siglo XXI. La ensaladera busca a qué nueva salsa debe acomodarse: un compromiso entre el individualismo furioso, el tribalismo racial y el bien público.



Los Angeles. Cada año llegan 300.000 nuevos.

"Los cinco pilares esenciales de toda sociedad —continúa Lukas Lee— no funcionan más en América: educación, alimentación, sistema de salud, alojamiento, seguridad. Cada comunidad deberá hacerse cargo de sus problemas." Por ejemplo, este año, la asociación de promotores coreanos organizó un torneo de golf. El año que viene será una cena de gala. El fin de la operación: recolectar fondos. Más de un millón de dólares. Con el dinero, la asociación va a instalar un sistema de policía privada, para luchar contra el crimen, en Korea Town, el barrio de los negocios coreanos. La explicación de Lukas Lee: "Si el crimen aumenta y nadie se opone, la vida de nuestros clientes se resentirá. El valor de las propiedades va a bajar. Nuestros negocios decaerán".

La ley de la calle

La violencia, en esas sociedades a dos velocidades, organizadas en guetos, es la gangrena de la ciudad. Todo el mundo lo sabe acá: hay barrios donde es mejor no ir a pasear si uno no tiene buena cara. Barrios abandonados a las bandas, al alcohol, a la droga, a la muerte... Barrios donde no se encuentra ni una fiambrería porque nadie quiere aventurarse a comerciar. Salvo los coreanos, que han hecho una especialidad de esas boutiques que se llaman "papa-maman". Tiendas escondidas en el corazón de estos guetos negros e hispánicos salvajes. La historia de esas fiambrerías coreanas se parece a la de los primeros pioneros, con el sudor de la sangre.

En el Centro Sur de Los Angeles, Campton o Watts, los hombres negros tienen menos chances de llegar a la cuarentena que si vivieran en Bangladesh. Un tercio de jóvenes negros de California están detrás de los barrotes o en libertad condicional, es decir, cinco veces más que los jóvenes negros de la Universidad. Su tasa de mortalidad es el doble que la blanca, su tasa de desempleo, el triple. Su ganancia promedio, la mitad. Los negros representan el 13 por ciento de la población americana, pero 30 por ciento de los enfermos de SIDA. Cien mil niños "bebés-crack" nacen cada año, negros el 90 por ciento... ¿Quién dijo crisol de razas?

Quinientas bandas comparten las veredas pobres de la ciudad. Todas las razas tienen sus bandas. Las más conocidas son las dos bandas rivales negras, los Blod y los Crips. Cada esquina de calle secreta tiene su propia banda, su propio idioma, su código de honor particular. Son 80.000 que se odian o se aman, según si habitan casas diferentes o si salieron de la misma. Los más jóvenes tienen a veces apenas 8 años... Entre home-boys se dan automóviles, armas, alhajas, afecto. Y sobre todo una identidad. En 1986, con la aparición del crack, esta baja cocaína para fumar, se racionalizaron los odios y se estructuraron las bandas. También han podido comprar ametralladoras.

Tiene 22 años, tatuajes y cicatrices le cubren el cuerpo. Ocho veces le dispararon. Salió vivo. Sobre su antebrazo, grabado en la carne: "No le tengas confianza a nadie". Sobre su espalda: "RF Crip". Dum-Dum es el sobrenombre que se ganó hace 12 años, después de emborracharse y de haberse hecho romper la cara por los home-boys. Luego fue a bajar un blod que le habían destinado. Luego le dieron droga para que vendiera para que se pudiera comprar un arma. "No lamento haber matado", dice tranquilamente Dum-Dum. "Llego en automóvil, tiro. Ni siquiera miro el rostro. No son gángsters, son home-boys. Estar en una banda es una manera de no sentirse un tipo aparte. Es un orgullo. Yo soy un sixti!"

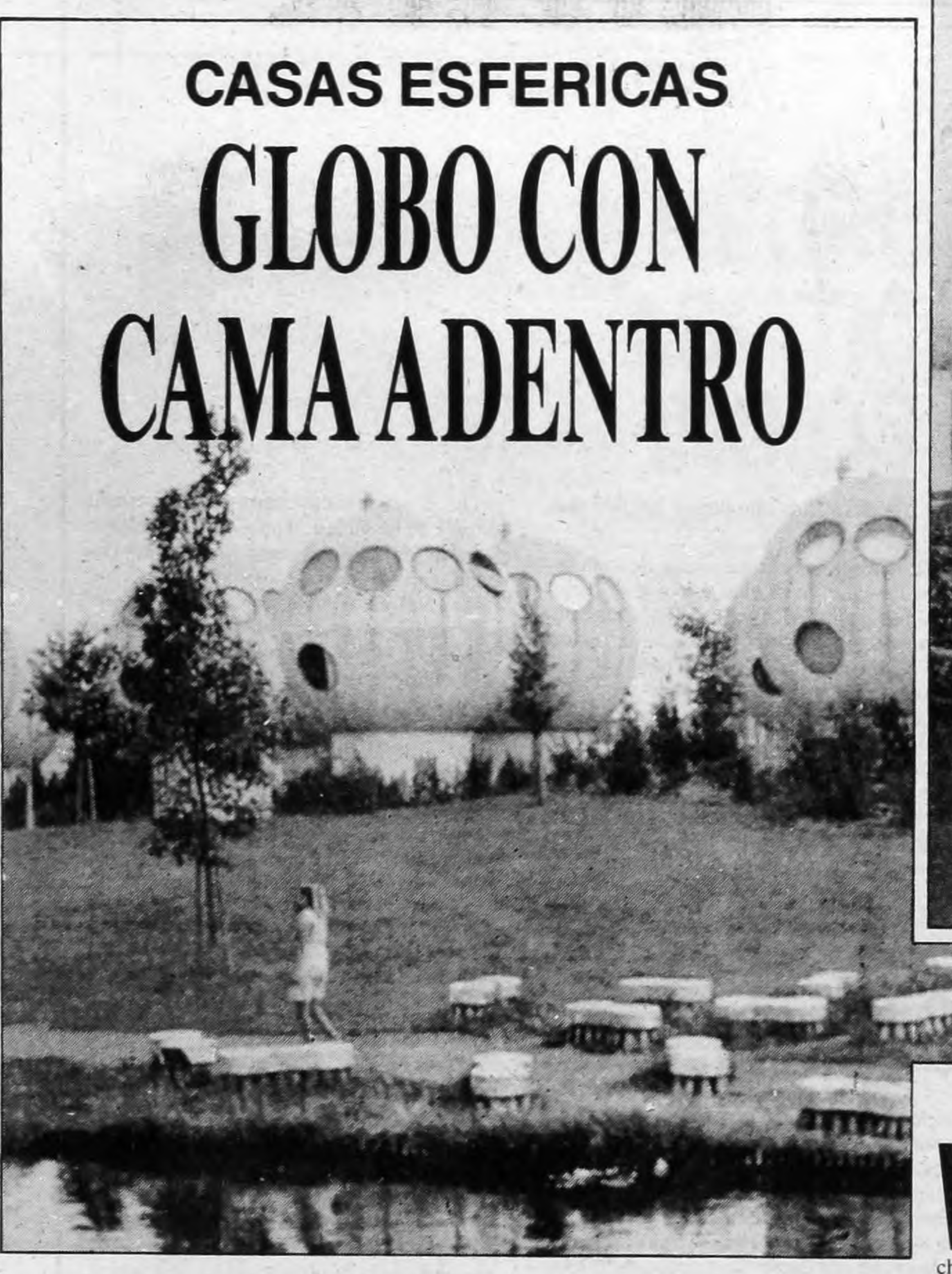
Dum-Dum seguramente se hará bajar un día. Por otro lado no le importa nada. A Dum-Dum le importa un bledo ser americano. Tampoco le importa ser negro. Lo que cuenta para él es ser un rolling sixti crip. "Son muy grandes los Estados Unidos", comenta con calma el capitán Lillo, de la policía de Los Angeles. "No pueden dar una identidad. Por eso es tan importante la organización en comunidades, la salvaguardia de las tradiciones. Se tiene la necesidad de pertenecer a un grupo. Es humano. Mejor que ser una raza, que una banda..."

La unidad viene de la diversidad. "E pluribus unum", es la divisa grabada sobre las monedas americanas. En una sociedad que se anuncia más multicultural, multiétnica y plurilingüística que nunca, será la verdadera apuesta del siglo XXI. La ensaladera busca a qué nueva salsa debe acomodarse: un compromiso entre el individualismo furioso, el tribalismo racial y el bien público.

O NORTEAMERICANO
A NEBLINA

CASAS ESFERICAS

GLOBO CON CAMA ADENTRO





Por Marcelo Torres

Vistas de lejos semejan la escenografía de una mala película de ciencia-ficción, un grupo de enormes pelotas grisáceas con ventiletes redondos en los costados y una pequeña chimenea en el techo. Son las casas esféricas diseñadas por el escultor holandés Dries Kreijkamp, quien, según la revista *GeoMundo*, ha decretado la muerte definitiva de las convencionales casas cúbicas.

El invento de Kriejkamp —inspirado quizá en construcciones primitivas como las de algunas aldeas etíopes o los ya tan conocidos iglúes de los esquimales— no es otra cosa que una esfera montada sobre un tubo de poco más de dos metros de alto por el cual se accede a la vivienda.

La casa está dividida en tres plantas, el tubo de acceso y la esfera dividida en dos, y su altura total supera los seis metros. Aunque es necesario un corto período de adaptación para poder habitarla, una vez superado el trauma psicológico de tener que guardar las camisas en un placard curvado como una banana, la casa esférica puede resultar tan confortable como un pequeño departamento cuadrado.

Debido al bajo costo de su materia prima —están hechas en fibra de vidrio—, tienen la ventaja de que una casa completa cuesta 28.000 dólares, un precio casi irrisorio si se considera que un departamento de dos ambientes en cualquier ciudad europea no baja de los 60.000 dólares. Además de un fácil mantenimiento y el poco espacio que se hace necesario para su instalación, la casa esférica está siempre "calentita", ya que todas las piezas encajan a la perfección y en la práctica queda herméticamente cerrada, haciendo que los costos de calefacción se reduzcan a un mínimo.

Claro que también tiene sus inconvenientes. Descontado el problema de asimilar las conductas cotidianas a las formas de la casa, existen también las modificaciones que deben hacerse al mobiliario —mesas, sillones, camas— para adaptarlas a las curvas y conseguir así un mejor aprovechamiento del espacio.

Puede decirse que el diseño de Kreijkamp sigue la corriente arquitectónica denominada "orgánica", impulsada por el finlandés Alvar Aalto, cuando la arquitectura moderna de las últimas décadas —denominada "racionalista" o "funcional"— empezó a ser acusada de dogmatismo y rigidez formal, en tanto que la "orgánica" intenta superar, sin negarlos, los principios racionalistas.

Por ahora, las casas esféricas se fabrican sólo para dos personas. Aunque se encuentra en estudio ampliarlas —de modo que puedan ir agregándose módulos— para que puedan albergar a una familia completa. No cabe duda de que, de extenderse esta moda, el cambio en el paisaje urbano será profundo y uno sentirá el extraño efecto de estar mirando continuamente "Sábados de Super Acción".

MATERA EN TELEVISION

CON PENA Y SIN GLORIA

Por Sergio A. Lozano

Estoy haciendo una gran obra", sintetizó con modestia hacia el final del reportaje. Las dos primeras partes de la entrevista se perdieron por su infancia en los barrios porteños de Almagro y Caballito, la partida familiar a Europa, sus estudios en Nápoles y el retorno a la Argentina. Después —cómo no— había que seguir hablando del hijo neurocirujano que siguió el camino marcado por su padre y del otro que vende frutas y verduras. Pero en San Isidro, por supuesto.

Hasta aquí la originalidad. A continuación, el secretario de Ciencia y Tecnología, doctor Raúl Matera, colocó el casete que viene haciendo oír frente a todo micrófono que se le pone adelante: que se están realizando estudios con crotoxina en células neoplásicas y en animales de experimentación, que se montó un laboratorio a tal efecto y —oh primicia— qué bueno sería repatriar al doctor Vidal, padre de la crotoxina, para dirigirlo. Lo que Matera no dice es que esos ensayos ya fueron realizados por profesionales idóneos con resultados negativos y también olvida que en la investigación, producción y distribución de crotoxina se saltearon los más elementales principios éticos y los pasos mínimos que la rigurosidad científica impone.

Pero la tarde de Canal 2 da para todo. Inclusive para tener frente a sus cámaras al secretario de Ciencia y Tecnología y permitirse el lujo de tratar tan sólo de refilón el problema salarial que atraviesa el sector. Aunque el periodista pidió disculpas por hacer una pregunta molesta, Matera no reprendió a su barbudo interrogador: esgrimió números en dólares, pero de esos dulces que se vendían hasta hace poco a cinco mil quinientos la unidad y tomó como modelo de sueldo al del investigador superior, un cargo que ostentan contadísimos miembros del sistema científico-tecnológico. La realidad que Matera no contó y que al periodista del programa "Testimonios" no le interesaba reflejar era que un becario o pichón de investigador se llevó a su casa en el mes de enero un millón y monedas a cambio de un título universitario y nueve horas de trabajo diarias. Poco más de un palito para pagarles a aquellos que son la garantía de continuidad del sistema.

Matera batió el parche y contó la panacea del sector, aunque en su atropellada interpretación mezcló cargos de universidad con otros de la carrera de investigador: para los sueldos de febrero —Dios mediante— llegará a los bolsillos científicos un incremento del 25 por ciento, unos 300 mil australes si se habla del sueldo de un becario. Pero esa cifra, confesó, saldrá de los fondos que el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) habitualmente destina a subsidios para investigación.

Hace tiempo ya que los subsidios anuales del CONICET son un mero símbolo y que alcanzan para que un laboratorio se desenvuelva cómodamente durante una semana. Hace tiempo también que aquellos investigadores que dependían exclusivamente de estos fondos trocaron los tubos de ensayo por empleos más rentables. Y hace el mismo tiempo que la gran mayoría de las investigaciones serias que se realizan en el país se pueden llevar adelante gracias a subsidios extranjeros que obviamente solventan estudios que tengan que ver con sus intereses y no con los nuestros. Ese 25 por ciento que Matera esgrimió con orgullo pero que está más cercano a la vergüenza debilita aún más el poder de decisión del CONICET como ente coordinador de las líneas de investigación que deben encararse en el país.

Unos meses atrás la avalancha privatista hablaba del CONICET S.A. La idea no prendió, quizá no por las quejas de los propios involucrados sino por la falta de interesados en la subasta científica. La política actual, el plan macabro, ya no es el remate público y ruidoso sino librar al sistema científico nacional a la agonía lenta, silenciosa, con pena, sin gloria y con algunos episodios agudos y dolorosos como los que acarrean las declaraciones tan fuera del tarro, con tanto desconocimiento del área que salen de las bocas maquilladas para TV de los funcionarios de turno.

GRAGEAS

LA LEUCEMIA ELECTRICA: Un estudio reciente de la Universidad del Sur de California señala que los niños que viven cerca de cables de alta tensión, usan secadores de pelo eléctricos y ven la televisión en blanco y negro, corren mayores riesgos de contraer leucemia. Sin embargo, no han encontrado todavía vínculo alguno entre el riesgo de contraer cáncer en la sangre y los campos eléctricos medidos en el interior de las habitaciones disponibles para esta prueba. Lo que los investigadores sí comprobaron es un ligero aumento de la propensión a la leucemia asociado con la exposición a campos magnéticos. La Universidad hizo público un comunicado en el que explica que los científicos que formaron parte del estudio a 464 niños menores de 11 años de edad, no comentarán públicamente los resultados obtenidos, hasta que éstos no sean revisados por otros investigadores y publicados en una revista dentro de cuatro meses. *(El País.)*

SOLIDARIDAD CON UN FUTURO AGRONOMO: Gerardo Darriba, alumno del último año de la carrera de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires, necesita apoyo solidario para que pueda ser operado en forma urgente. Un trasplante pulmonar es imprescindible para su estado de salud, ya que Darriba, de treinta años de edad, padece de una fibrosis pulmonar primaria, enfermedad progresiva e irreversible que afecta la capacidad respiratoria. La Secretaría de Extensión y Asuntos Estudiantiles de la Facultad de Agronomía, que ha constatado la gravedad de la historia clínica del futuro ingeniero, así como la imposibilidad de su familia de enfrentar con recursos propios los gastos originados por la operación que puede salvarle la vida, adhiere a la campaña de solidaridad para requerir los fondos necesarios. Todo aporte puede depositarse en cualquier sucursal del Banco Nación, a la caja de ahorros número 063-023-444/4 sucursal Olivos. Para mayor información, llamar a los teléfonos 795-5545/5010.